

derramadas en tu alma, son la obra del espíritu de malicia! Elévate noblemente sobre sus negros artificios, no estás hecha para rastrear como él. Lloro tus imperfecciones á los ojos de Aquel que es la pureza por esencia; pero llora con confianza, que el amor te dé lágrimas, y que estas lágrimas no apaguén, pero sí que hagan más ardientes las llamas de tu amor.

Voz del alma afligida.—Y puedo ¡oh María! puedo aun llorar y amar? ¿Tengo en mí la fuente de estas santas lágrimas de amor y arrepentimiento? Mi alma está triste hasta la muerte. Mi alma no derrama más oraciones al pie de los santos altares, ella no sabe sino lanzar gritos de espanto hacia este hermoso cielo que ella desespera de poseer. Mi fervor se ha extinguido, mi alma está lánguida! Excitada la cólera de mi Dios, El no ve en mí más que un corazón manchado con las más horribles infidelidades. Estas faltas diarias en las cuales caigo sin cesar, son crímenes á sus ojos... Yo, colmada de tantas gracias! Yo, hija de María! alma en otros tiempos privilegiada? Y no tengo bastante energía para decir: Levantémonos, salgamos de este

abismo. ¿Mi triste vida se pasará de este modo? ¿Iré con las manos vacías de obras santas, á comparecer en presencia de un Juez irritado? He aquí la muerte, la muerte inexorable.... Yo veo un Juez severo é inflexible... vos misma ¡oh Madre mía! dejándome con indignación y abandonándome á la severidad de Aquel que no es más que un Padre para mí... Temblorosa, perdida, en vano busco un asilo, no encuentro los brazos de mi Madre para estrecharme, ni sus miradas maternales para consolarme, ni ángel bueno para calmar mis angustias, ni virtuosas amigas para animarme con sus buenos ejemplos..... Abandonol, miserias! desesperación! espantosa soledad!.....

Voz de María.—Hija mía, obedece á tu Madre: eleva tu alma, clama hacia Jesús, pronuncia con respeto su nombre adorable.

Voz del alma afligida.—¡Oh Jesús! ¡Oh Dios! ¡Oh presencia adorada y temerosa á la vez! libradme de mis angustias..... volved, volved á mi alma la paz que consuela, la paz que el mundo no conoce, la paz que en vos está, y que distribuís por el espíritu de consuelo y de santidad. ¿Podré yo no esperar

más en vos? ¿Qué es lo que he hecho? Pero no, no era sino una triste visión que me profetizaba el espíritu de mentira. Todavía me quedan días que pasar sobre la tierra, y aun puedo merecer.....¿Mas soy digna de ello? No, no, pues mi corazón ya no se dilata en el pensamiento de los encantos de la virtud, y la felicidad de los santos no le hace más palpar de esperanza.... Esta felicidad, felicidad del cielo, es para las almas generosas que se elevan hasta la más sublime práctica de la virtud. ¡Virtud! mi corazón está lleno de amor por ella, pero desvanecido por su esplendor no tiene más fuerza para adquirirla... Amor puro para con Dios, desprecio del mundo, humildad, sumisión, amor de la Cruz, dulzura, modestia, encantadoras virtudes, para las almas grandes y generosas vuestros atractivos, y para ellas también el don del Supremo Remunerador. Por mí, desalentada, desgarrada por los tormentos de la muerte, no puedo sino lloraros, llorar amargamente mi esperanza decaída, y la sociedad de los santos Hijos de Dios, y el corazón de mi Padre, y la ternura de mi Madre..... Llamada, pero indigna de ser escogida, yo re-

cordaré en la amargura de mi corazón los días en que alimentándome con la divina esperanza, con el bálsamo de las palabras de salvación, de la unción de una fervorosa oración, yo me creía ya en el cielo.

Voz de María.—Cesa, alma insensata, cesa por una desconfianza injuriosa, de ultrajar á un Dios demasiado bueno. Sábetes que sus misericordias sobrepujan tus iniquidades. Escucha, hija mía: un padre, el más tierno que haya, ve á su hijo culpable, sentenciado á perecer con una infame muerte. Nada puede salvarlo; pero este padre, demasiado bueno, con el corazón traspasado del dolor de la pérdida de su hijo, olvida sus crímenes y su negra ingratitud, se ofrece él mismo á la justicia rigurosa; él da su vida, sufre tormentos inauditos, muere.....¿Qué dirías si, en el extravío de sus negros pensamientos, el hijo culpable se atrevía á exclamar: «Mi padre no me ha amado, mi padre me ha rechazado.....?» Detente, le dirías, detente, hijo desnaturalizado; ¡qué, blasfemas de tu padre!.... ¡y qué padre!.....; En dónde está tu amor, en dónde tu gratitud, dónde la dulce confianza que te ha pedido, exhalando por ti su

último suspiro?.....Mas, mi querida hija, este Padre es el tuyo; este hijo culpable eres tú. El te ha dado su vida y su sangre, y te atreverías á decir que no te ama, que no te perdona!...Désvanese una desconfianza que lo aflige; y si temes, hija mía, que sea de no amarle bastante, confía, espera.....espera, mi querida hija. ¿En quién esperas? ¿Será en los hombres, en tus parientes, en tus amigos? No, únicamente en Dios. En tus penas, en tus miserias, en las tempestades que el demonio suscita en tu corazón, acude pronto á tu mejor amigo, á tu Padre. Dile tus sustos, cuéntale tus penas, particípale todas tus cosas, háblale como un amigo á su amigo, y este Supremo consolador hará correr en tu alma la celestial unción que reanima y vivifica. Si no lo hiciere, si por un efecto de sus miras providenciales y siempre paternales sobre ti, quisiere prolongar tus pruebas; si se mostrase sordo á tus sollicitaciones; cree firmemente que quiere aumentar tus méritos; cree, sin titubear, que sus ojos, siempre abiertos sobre tus necesidades, miran con complacencia tus combates, tus pruebas, y que su brazo poderoso está siempre pronto á socorrerte. Las

faltas que diariamente cometes deben humillarte y no desalentarte. Lloro, pero no ofendas más al Dios que te ama. El conoce mejor que tú las miserias del corazón humano, perdona su fragilidad. Acuérdate á menudo qué bondadosa acogida te hizo en otros tiempos tu buen Padre cuando volviste á El: habías abandonado su casa; El lo sentía con dolor, y esperaba en la ansiedad de su corazón el retorno de su querida hija. Nada merecías entonces, pero El se dignó poner en tu corazón un buen movimiento. Arrepentida volviste llorando, sin atreverte á alzar los ojos. El, contento de tu retorno voló á tu encuentro; en seguida te hizo despojar de los andrajos de la miseria, mandó que se te vistiera con magnificencia; y todo resonó de alegría, porque el alma perdida había vuelto á la gracia de su Dios. Ahora, mi querida hija, la fragilidad de la naturaleza te hace cometer muchas faltas, y no conseguirías el perdón! Caes; pero con qué amor el más tierno de los padres te levanta y te estrecha en sus brazos!..... Caes aún, pero tu desgracia, lejos de irritarlo, lo penetra de compasión.....De-rramas una lágrima, y esta lágrima enternece

su corazón, y El mismo viene á consolar tu dolor.

«Ven, te dice en este momento, ven, alma querida, y recibe con amor la copa de las tribulaciones, sufre con calma las pruebas que te envió; ellas te serán una prenda de felicidad. Ten valor para decir en medio de las angustias que se agolpan sobre tu corazón: Yo seré ferviente y piadosa á pesar de todo. Nada podrá apartarme del amor de Jesús, ni los dolores, ni las persecuciones, ni la vida, ni la muerte.... Y ¿por qué temerías, oh alma de poca fe? ¿Por qué te retirarías en el momento de la adversidad? ¿No soy siempre el Dios de fortaleza y de consuelo?..... Ven, te diría en el día que su sabiduría ha señalado, ven, alma querida, recibe el ósculo de paz, gusta de las delicias de mi amor, saca del seno de tu Padre la abundancia de los consuelos celestiales, desprende enteramente tu corazón de todo lo terrenal: mis delicias son el estar contigo, á tu vez entrégate sin reserva á mi amor.»

Cumple los deseos de Jesús, mi querida hija, y hazte digna de acercarte con alegría, para que en el día de la justicia, la voz ya conocida,

la voz adorada de tu Padre, de tu amigo, te diga: «Ven, alma valerosa, fiel y constante, ven á recibir la recompensa de tus trabajos: ven, yo te coronaré.»

Voz del alma afligida.—Santa Madre mía, mi alma vuelve á la vida y al amor de mi Dios... «Ven, alma querida...» Esta dulce invitación ha hecho sentir en el fondo de mi corazón una cosa que no puedo expresar; es la esperanza, la alegría, la confianza... Santa Madre mía, dignaos hablarme más; vuestras palabras son para mi alma lo que á la tierra árida el rocío de la mañana.

Voz de María.—Querida hija mía, cuando el enemigo de tu salvación quiera aun inspirarte estos negros accesos de tristeza, corre pronto á refugiarte en los brazos de Jesús. ¡Cómo! puedes poseer el bien supremo; puedes comer el pan vivo bajado del cielo, y dejarías morir tu alma de inanición, de tristeza y de susto... Jesús reside en los tabernáculos sagrados; tiene allí las riquezas del cielo entre sus manos. Acércate á Él con un amor suplicante. Si no tienes expresiones para pintarle tus sufrimientos, muéstrale con sencillez tu corazón y tus miserias; si no tienes lágri-

mas para llorar tus pecados, pídele que rompa la piedra, pídele con la Samaritana, de aquellas aguas que saltan hasta la vida eterna. Recibe á Jesús con un corazón humilde y dócil: dile con ingenuidad que sufres mucho.... Conmovido; enternecido de tu confianza, héme aquí, hija mía, te dirá; héme aquí, yo vengo para curarte.—¿Y qué pedís, Señor, por precio de este beneficio?—Que me ames, hija mía...—¿Y qué más haré, oh Jesús, para agradaros?—Amarme siempre más....—Pero, Señor, mi amor es débil y lánguido, y las aguas de la tribulación han inundado mi alma...—Hija redimida al precio de mi sangre, conságrame hasta tu mismo dolor, y espera en mí en la más oscura noche de las tribulaciones; entonces, enternecido por tu ingenua confianza, me haré tu guía y marcharé delante de tus pasos.

Voz del alma afligida.—¿Cómo! Madre mía, cuando esté triste y sin devoción, iré con las almas fervorosas á participar del divino banquete! No, no, Virgen sagrada, es entonces el sentimiento de mi indignidad el que me aparta del festín sagrado. ¿Yo recibir á mi Dios en un corazón falto de amor? Jesús sólo

llama á los corazones fervientes, y rechaza con indignación los tibios y los cobardes.

Voz de María.—Llama también á las almas débiles y dolientes, y á todas aquellas que tienen buena voluntad. Llama sobre todo á las almas confiadas, y á ti en particular, te llama, porque sus miras sobre ti son de misericordia y de amor. Dime, querida hija ¿cuando tus languideces y desconfianzas te apartan de la sagrada mesa, no se encuentra tu alma más enferma? No has querido apagar tu sed en la fuente de la vida, le falta el bien supremo... No tenías la paz, y no la has pedido á Aquel que sólo la dá. Has exclamado en medio de las turbaciones que te han agitado: «¿Quién me volverá la alegría? ¿Quién quitará de mi alma las tinieblas que la espantan?... Del seno del santuario ha salido una voz misteriosa, voz que consuela á toda alma fiel: Venid á mí, vosotras que buscáis en todas partes el reposo, venid y lo hallaréis en la herencia del Señor; venid y lo experimentaréis en la mesa sagrada en donde se consume en una deliciosa paz la unión del alma fiel con su Dios!... El espíritu del error ha dicho á su turno: Huye, huye, alma presun-

tuosa, no consumes por un horrible sacrilegio el acto de tu eterna reprobación.... Y con demasiada frecuencia, asustada por el lenguaje del seductor, has seguido sus perniciosos consejos; á menudo has rehusado á tu alma sedienta, la bebida divina; demasiado le has negado, en los días de su debilidad, el alimento de la vida! Reconoce, querida hija, tu engaño, gime sobre tu error, él te ha privado de muchas gracias.... En adelante acércate con alegría á la mesa sagrada; recibe en el sacramento de vida, á Jesús, y su amor, la alegría, la paz y todos los dones del Espíritu consolador; recibe allí la inteligencia para iluminar tu corazón en estos sentimientos; y, proveída de este manjar divino, marcha en paz hacia la inmortalidad.

Voz del alma consolada.—Así lo haré, ¡oh tierna Madre mía! Vuestra voluntad para siempre venerada se cumplirá en mí. La fe en la bondad de mi Dios me parece más consoladora y me tiende la mano. Guiada por ella, venceré los negros artificios de Satanás, y con alegría me acercaré al tabernáculo de paz, en donde el Dios de los elegidos ha fijado su mansión, y le pediré sin cesar que en-

cienda en mi corazón la llama pura de la caridad.

Voz de María.—Has esto, mi querida hija, y obra con perseverancia. El Esposo llegará tal vez antes de que la noche haya terminado la mitad de su carrera. Vela sin cesar y sé pronta para recibirlo. El hombre á penas ha comenzado á vivir, cuando toca á su fin; porque nada tiene duración sobre la tierra. Valor, pues, hija mía, valor, el cielo te está esperando al fin de tu peregrinación.